

IMPOSTURA Y VERDAD EN LA PRÁCTICA ANALÍTICA

Jornadas Interinstitucionales 2013 "Diálogos actuales en torno al psicoanálisis"

Norberto Rabinovich

Este trabajo apunta correr el velo sobre cierto modo de implementar el manejo de la transferencia que, a mi juicio, constituye una de las mayores, sino la mayor, fuente de resistencias al análisis por parte del analista. Me refiero a un ceremonial, muy asentado en la tradición analítica, por medio del cual el analista impone ciertas reglas a fin de mantener un cerco imaginario para asegurar una suerte de inaccesibilidad del analizante respecto a su persona. Estos recaudos forman parte de una atmósfera que rodea el diálogo donde debiera reinar una aureola de misterio y superioridad del analista.

Podrían objetarme que todo eso no forma parte del *setting* propuesto por el analista sino de los efectos inevitables de la transferencia; es decir, que sería el paciente quien demanda al analista dicha infalibilidad, y adopta por su cuenta una posición reverencial ante él. Este argumento es verdadero, pero parcial. El problema que estoy abordando es cuando el analista convalida esa demanda, y aspira a ubicarse a la altura de tales requerimientos cultivando una forma singular de idolatría. Este

ceremonial, con ciertas disparidades, formó parte de mi experiencia como analizante y durante muchos años lo sostuve en mi práctica sin interrogarlo. Hoy me resulta claramente adverso con los fines de análisis. Intentaré explicar por qué.

En un temprano escrito de Lacan llamado “La dirección de la cura y los principios de su poder.” ya se había encargado de cuestionar las teorizaciones en boga sobre las regulaciones de la distancia entre el analista y su paciente, centradas sobre el Yo fuerte del primero y el siempre más débil del segundo. Ironizaba sobre esa necesidad del analista de conservar siempre, aunque sea un poquito, de superioridad sobre su paciente.

Algún tiempo después desarrolló ampliamente una tesis central: sostuvo que el fin del análisis comporta la caída, incluso la eliminación, de la función del SSS sobre la que se asienta la transferencia imaginaria, caldo de cultivo de los fenómenos que acabo de describir.

¿Pero cómo lograrlo si el analista, imposta, promueve, alimenta la ilusión de ser un buen garante de esa función?

Llamativamente, en gran parte de los círculos lacanianos el manejo de la transferencia conserva la misma desviación que Lacan ya había denunciado tempranamente como propio de la Internacional Psicoanalítica. Debe haber alguna razón de estructura que explique la persistencia ciega de este fenómeno.

Se trata, a mi juicio, de los efectos que genera cualquier práctica que ponga en juego la dimensión de la verdad. Desde tiempos remotos, la invocación de la verdad estuvo ligada al sentimiento de lo sagrado. El analista, por un lado, renuncia convocar a la conciencia del analizante con la pretensión de corregir su accionar, y por el otro se propone como intérprete de la verdad inconciente.

Dado que la noción de verdad tiene innumerables empleos y definiciones, quiero aclarar que estoy sirviéndome del alcance que le dio Lacan al término. Simplemente, redefine el campo de la verdad como sinónimo de la estructura del inconciente y por lo tanto el estatuto de la verdad en equivalencia con la escritura inconciente. Escribió Lacan en “Ciencia y Verdad”:

“Freud supo dejar, bajo el nombre de inconsciente, a la verdad hablar.”

Paralelamente, Lacan identificó el sistema consciente-preconciente con el campo del saber. De donde replanteó la división del sujeto entre saber y verdad. En cuanto a la expresión “revelación de la verdad” ciñe en su terminología el “retorno de lo reprimido” en cualquiera de sus formas. La interpretación analítica ocupa el lugar la verdad revelada bajo una modalidad que apunta a reproducir el mismo mecanismo del retorno de lo reprimido; es decir, un dicho que se corresponde con el mecanismo del chiste y no de un enunciado explicativo.

Ahora bien, al introducir la búsqueda de la verdad como pivote del método, el espacio analítico cobra necesariamente un tinte sagrado y el

encuadre, si uno no está suficientemente advertido, tiende a virar en dirección de un ritual de carácter religioso.

Los pueblos llamados primitivos, también hacían y hacen sus conjeturas sobre el estatuto de la verdad. Para ellos, la verdad se aloja en un mundo situado más allá de la realidad profana, un territorio inaccesible donde habitan los inmortales ancestros sagrados, los dioses, los padres míticos del clan. Si bien la morada de los seres sagrados resulta imposible de conocer por los individuos del grupo, sin embargo, no dejan de recibir misteriosas señales provenientes del más allá. No es preciso hacer muchas especulaciones acerca de la universalidad de estos fenómenos, llamados sagrados. Por más primitivo que sea un hombre, en la medida que es un ser parlante, también está dividido entre saber y verdad. Y, por ejemplo, sueña. ¿De dónde vienen esos mensajes que llegan cuando la conciencia está dormida? ¿Quién los envía?... y sobre todo ¿Qué quieren decir?

También invariablemente han existido ciertos individuos especializados en traducir estos enigmáticos mensajes, es decir, interpretarlos. Me refiero a los chamanes, los gurúes, o místicos de todo tipo. *“El encuentro con esa verdad-dice Mircea Eliade en su libro “El mito del eterno retorno”- es alcanzado en un ritual donde se repite un acto que conmemora un acto original, un modelo mítico. Un ser vulgar se convierte en sagrado por su participación en estos ciclos.”*

Es sorprendente constatar la regularidad de los sistemas de creencias centrados en relatos míticos que se han forjaban en torno a estos fenómenos considerados “sagrados” y la inmensa trascendencia que

tenían en la organización de la vida comunitaria y el destino de cada individuo. En este sentido, podemos decir que, bajo la versión del eterno retorno de los dioses, los primitivos se tomaban mucho más en serio que nosotros la existencia del inconciente y sus formas de repetición.

En algún lugar Lacan planteó que los dioses, aunque nos resulte fastidioso, son de lo real. Puesto que lo que “no cesa de repetirse” es de lo real. No afirmó que creía en la existencia de seres inmortales o las historias épicas sobre ellos, sino que definió como real a la causa de estos fenómenos de revelación- retorno- de la verdad, es decir al inconciente.

El analista es una versión moderna, enmarcada en el discurso de la ciencia, de la antigua función del intérprete de la verdad oculta. No se propone interpretar las verdades universales, sino que se ofrece como un mediador entre, por un lado, el ámbito de las verdades singulares del analizante y, por otra parte, la frágil y engañosa realidad que habita y conoce. Así, la invocación de lo sagrado es inherente a la práctica analítica. Y el tema que planteo es como evitar quedar enredados en la confusión de registros donde fenómenos como la revelación de la verdad, la ficción y las suposiciones imaginarias, se entrelazan a lo largo de la cura.

Vuelvo sobre mis pasos: la interpretación analítica, en sentido estricto, toca lo real del inconciente, es decir, resuena con la instancia de la letra que no tiene ningún sentido. Esto es lo que Lacan denominó “efecto de verdad”. Pero aquello que el analizante captura como significación y traduce como nuevo sentido, no son sino las burbujas que produce la ola al romper. Nos advierte que es por el lado del sonido de la palabra

interpretativa, real, y no del significado imaginario, que el mensaje llega a buen puerto. Este efecto de la interpretación es de lo real y se distingue y entrelaza con la creencia que genera en el analizante que el intérprete ya sabía el significado del mensaje, que el saber ya estaba allí, en el Otro, y desde siempre. Este efecto de transferencia, es de orden imaginario. Por ello también deben ser analizados, en lo que se llama análisis de la transferencia. Lamentablemente, la sola idea de poner sobre la mesa los efectos de transferencia, es una cuestión tabú en círculos lacanianos.

Subrayo la lógica del proceso: el campo de lo sagrado, para nosotros, el inconciente, de alguna manera es alcanzado en la interpretación, y quien la recibe, transfiere a ese simple especialista, el analista, la aureola de sacralidad que inspira dicho campo.

Hoy quiero poner el acento en una herramienta técnica, que no es precisamente el análisis de la transferencia, sino, algo que llamaría, como lo vengo haciendo “manejo de la transferencia”. Su principio, sería “desmarcarse” de la atribución transferencial. Con esta metáfora futbolística quiero significar que, en vez de aceptar alegremente las cualidades transferidas, uno puede participar del juego, pero esquivar ese envío. ¿Cómo?

Hay una expresión que Lacan empleó pocas veces pero me resulta muy ajustada para describir una posición del analista que no se deslice a la impostura. Me refiero a “la docta ignorancia” con la que definió, entre otras cosas, la reserva, la prudencia y la humildad que mostraba Freud para formular su interpretación.

¿Qué entiendo por docta ignorancia? En primer lugar, la predisposición a mostrar sin disimulo nuestra ignorancia acerca de lo que se trata de saber. Y, en segundo lugar, poner al servicio de la búsqueda de la verdad, el arte de descifrar. Dar pruebas de saber leer está en la otra orilla de demostrar saber. En otras palabras, se trataría de ofrecerse como un buen lector de un mensaje del que no se es autor y del que tampoco se sabe nada por anticipado.

Pero ahora, ¿cómo definir un “buen lector” del mensaje del inconciente? El sentido común nos diría que es el que no se equivoca o por lo menos, se equivoca menos que el mal lector. Ese es precisamente el espejismo donde se ha extraviado la tradición analítica. A fin de no frustrar la demanda de garantías, el analista se ve exigido a no errar el tiro o por lo menos disimular las posibles imprecisiones.¡ Que absurdo! Cómo si el buen manejo de la transferencia fuera hacer malabarismos de omnipotencia para dar crédito de que el Otro sin barrar, en realidad existe. El modelo dominante en la actualidad de la omnipotencia del analista, han llegado a nosotros en gran medida por los relatos de muchos discípulos y/o analizantes de Lacan acerca del poderío y prepotencia del gran Maestro con sus pacientes. Incluso, confiesa alguno, que tuvo el privilegio de recibir una cachetada de su santa mano. Estos mitos son construidos a la sombra de una transferencia irresuelta con él. Porque hay que reconocer que los pacientes suelen ser colaboradores fieles de ese encuadre: se pasean por los dorados salones callando sus propias dudas, encubriendo las flaquezas del Otro, disimulando sus errores y exaltando su grandeza. Entretanto

siguen cargando con sus inhibiciones, sus síntomas y con esa angustia siempre lista a emerger en cualquier rincón.

Yo no encuentro en la enseñanza de Lacan nada que justifique la infatuación de esa mezcla de saber y poder para sostener el lugar del analista. Todo lo contrario. El análisis transcurre mucho más fluido si el analista, en la escena analítica, no sostiene la impostura de ocultar sus propios traspiés, insuficiencias, incertidumbres y esencialmente si pone de manifiesto su falta de saber.

Hay un breve escrito de Lacan titulado “La equivocación del sujeto supuesto saber”. Ya el título es indicativo de la materia en cuestión. Si lo que se trata de revelar en un análisis, es esa falla irreductible en el Sujeto Supuesto Saber, para alcanzar esa verdad el analista debería ser un experto en equivocarse el sentido o como podrían decirlo Les Luthiers, tener una fuerte equi-vocación.

Para terminar, quiero recordar que Lacan, ya entrado en años, reescribió el nombre freudiano del inconciente, *Unbewusste*, por una expresión francesa homofónica del término alemán, *L'Unebevue*, aproximadamente “la una equivocación”. La cuerda que va del inconciente, pasa por el síntoma y llega a la interpretación analítica, privilegia la dimensión del equívoco, que hiere el saber. ¿Por qué, entonces, cuidar el engaño sobre el que se asienta la religiosidad transferencial?